Septembre 77

VIDA COTIDIANA

La lenta muerte del poeta

Angel, mi amigo, es un poeta.

Durante más de diez años tu trabajo fue el duro vivir del emigrante. Munich llegó a ser su segunda ciudad. Ana, su compañera.

Angel tiene dos hijos y ahora todos viven en Madrid.

Llegaron a España sin trabajo, con una pizca de dinero ahorrado, pero con ganas inmensas de unir su vida a la de los hombres de su pueblo.

En tierra alemana había dejado su primer conjunto acabado de versos, impresos gracias al solidario trabajo de Lorenzo, su amigo.

Yo le conocí allí, entre un idioma extraño y altisonante. Luego tuvo que venirse apresuradamente, mientras yo esperaba ya en nuestras calles. Desde entonces han sido muy pocas las veces que nos hemos visto y hemos intercambiado escritos, y ya ha pasado un año.

Al cabo del tiempo, y después de andar a través de entrevistas vacías, encontró un teléfono que descolgar por quince mil pesetas al mes. No había otra cosa, lo atestiguan los miles de parados ante el sindicato vertical muerto.

Habla con Blas Otero, con Salinas, con algún otro, pero no sale nada concreto de todas las entrevistas. Nada.

En Munich tenía poco tiempo para escribir, y aprovechaba hasta los ratos minúsculos de soledad en la taza del wáter. Pero se iban armonizando los versos. En Madrid hay menos tiempo y más angustia, más problemas y menos poemas.

Aquí, en la España tan llorada, en este Madrid imperial que tanto nos rasga, un poeta se está consumiendo, su espíritu especialmente sensibilizado, se está agotando en el diario descolgar y colgar el auricular, ante la máquina de escribir de una oficina de turismo, en el continuo enfrentamiento con esos problemas vulgares que nos ha creado esta sociedad inhumana que nosotros alimentamos.

Una sociedad industrial cuya base es el dinero y su fin el de sobrepasar el último límite de beneficios, y ésto a costa de lo que sea.

A costa de los hombres, de su humanidad. A costa de un poeta.

Porque Angel, antes hombre que poeta, pero poeta por encima de todo, sufre la angustia que todos padecemos de una forma más rigurosa, más brutal, como alma noble y sensible, se hace más vulnerable ante la brutalidad del mundo que nos rodea.

Un mundo que está perdiendo de vista su futuro, su tener que ser siempre algo más y mejor. Un mundo centrado en el puro interés comercial de aprovecharse de los necesitados.

Hoy he estado en casa de Angel. Los niños recién dormidos, él limpiando la mesa y acomodando los cojines. Ana, en su trabajo recién adquirido.

Durante un rato estuve hablando de problemas —claro— ante un hombre joven, prontamente aviejado. Su rostro denotaba cansancio, sus palabras, abatimiento; se mostró brusco, violento; hubiera querido chillar. Sus ojos cargaban tristezas, no hacia mí, que le escuchaba, sino hacia una sociedad injusta que le está impidiendo ser lo que él es.

"...Nos falta dinero... Un niño está enfermo... el otro no cena bien... Todo el día en la oficina..., no veo a Ana..., no tengo tiempo... no vivo... no escribo..."

Ana también llegó quejándose del trabajo, de ese trabajo que como cualquier otro de los que se venden en este mercado raterial, no sirve para proyectar lo que cada uno carga en su interior; sólo son trabajos mecánicos que conducen a la insatisfacción personal.

Yo me voy. Soy una pieza que está ahí, que se desea que cuadre en el tablero, pero que las dificultades técnicas impiden acercarse a ella. Ellos discuten y trato de despedirme.

Llaman a la puerta. Quizá los niños se despierten ¡Lo que faltaba! No. Es la hermana de Angel.

El padre está enfermo y la hermana abruma al poeta de reproches injustificados.

Las tensiones continuas, el desequilibrio mental y físico, son parte de las múltiples consecuencias de nuestra repudiada sociedad. Las lágrimas son difíciles de contener en estas situaciones. Las de Angel no aparecen gracias al esfuerzo indecible de sus mandíbulas apretadas. Las de su hermana vencen y se desparraman por sus mejillas.

Angel tiene que ponerse la chaqueta y salir a ver a su padre unas calles más allá. Es muy entrada la noche y mañana habrá que levantarse temprano, arrastrando insatisfacciones.

Salgo detrás y me voy.

He vivido con ellos un rato de un día. Para ellos es rutina, para mí, para los que vivimos vendiéndonos al material precioso. Y esa rutina nos mata, o, peor, nos consume.

Mi corazón está dolorido, diría sangrante, y siento también húmedos los pómulos. Lloran un poeta. Quizá a pesar de todo, sobre mi flaqueza encuentre fuerzas para gritar un fraternal:

¡Valor, Angel, sigue adelante!

Pero yo sé que las palabras de aliento no sirven cuando las letras siguen llamando a la puerta, cuando la oficina te sigue comiendo la vida.

Y vuelvo a llorar por Angel, por el poeta. Por una humanidad que muere diariamente.

Víctor CLAUDIN